

Dirursos



Café Aérides, 8

Discursos

Rudyard Kipling

PRÓLOGO
Ignacio Peyró

TRADUCCIÓN
Marta Gámez



LA DRAGONA
MIGUEL GÓMEZ EDICIONES

Málaga, 2018

En este volumen publicamos los discursos de Rudyard Kipling, dados entre 1906 y 1927, recogidos originalmente en *A book of words*, y los dados entre 1928 y 1935 recogidos en *The Sussex Edition* (vol. XXV).

© Gómez & Navarro, Comunicación, s. L., 2018

© Marta Gámez, de la traducción, 2018

© Ignacio Peyró, del prólogo, 2018

LA DRAGONA. Miguel Gómez Ediciones

Pº Reding 45, 1º 4. 29016 Málaga.

TEL./FAX: [34] 952 602 873

contacto@ladragona.es

www.ladragona.es

ISBN: 978-84-947730-3-7

DEPÓSITO LEGAL: MA 409-2018

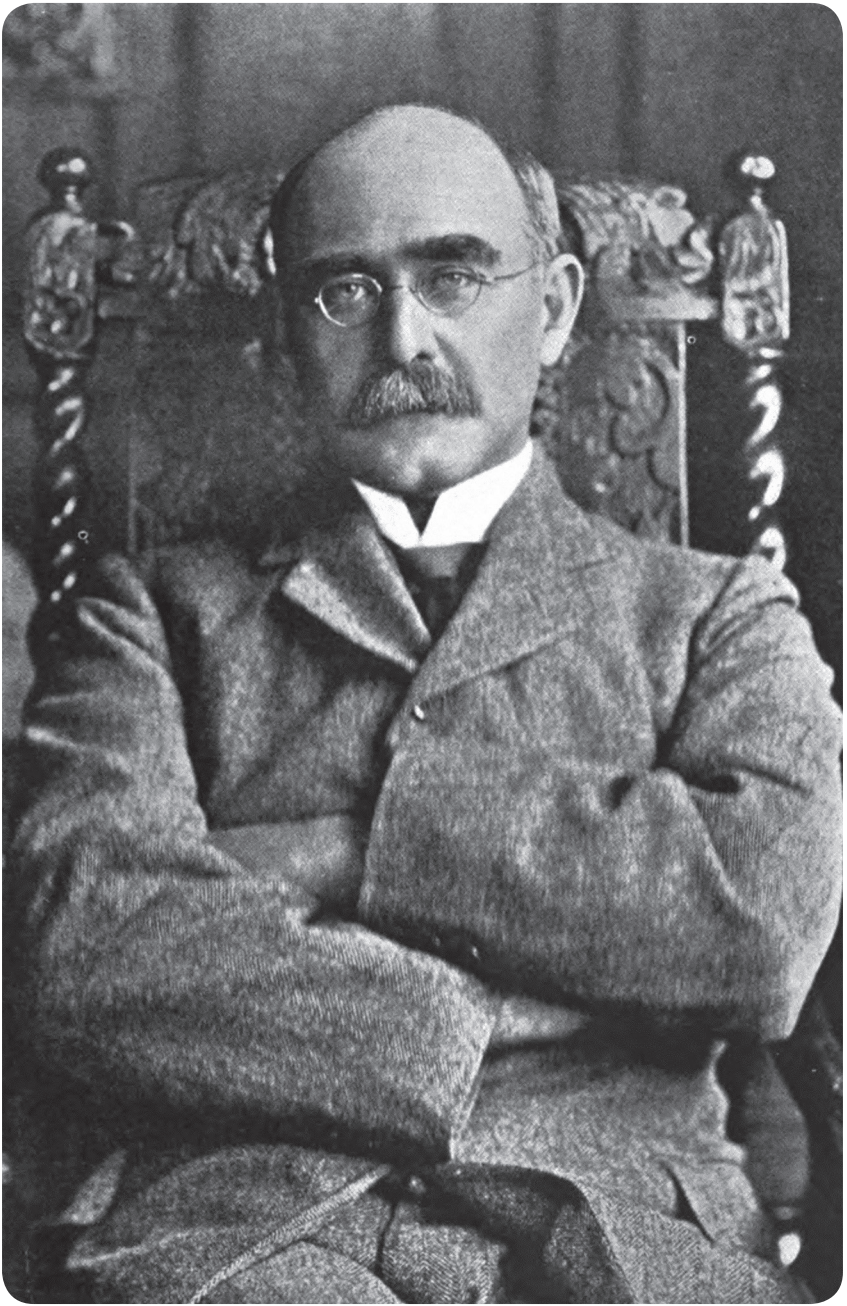
Impreso en España

Imprime: Gráficas La Paz

Diseño y maquetación:

DSGN comunicación · www.dsgn.es

Prólogo



Rudyard Kipling, ca. 1914
Autor desconocido. Fotografía aparecida en
The Bookman. An illustrated Magazine of Literature and Life
(volumen xxxviii, New York, febrero 1914)

Kipling: una pedagogía

Ignacio Peyró

ES COMÚN ENTRE NOSOTROS MANIFESTAR UNA NOSTALGIA por las artes de la oratoria, por la dicción bien pulida, por esa capacidad de persuasión —de seducción— que tiene la palabra pulsada a la medida de nuestra inteligencia y nuestros afectos. Y a nadie cabe duda de que, añorada con frecuencia en nuestro entorno, la tradición deliberativa anglosajona, con su énfasis en el debate y la exposición pública, tiene sus secuelas positivas. Por una parte, las convicciones valdrán lo que valga la defensa que de ellas se haga, en un pie de igualdad tan justo como meritocrático. Por otra parte, la discusión, la controversia, implica la cesión de la centralidad de la vida pública a la palabra, a modo de una escuela de tolerancia capaz de generar espacios para el acuerdo y el avance conjunto o, como mínimo, para asentar un «aprendizaje recíproco de humanidad», según quería Fumaroli, a través del intercambio de ideas.

Por suerte, la nostalgia tiene sus ambivalencias, y si es capaz de propiciar los versos más gloriosos de Leopardi, también es un sentimiento harto fácil de abaratar: resulta normal escudarse en ella para pagar un tributo de reconocimiento, tan aliviado como simbólico, a lo que fue pero felizmente ya no es. Y de hecho cabe preguntarse si no tendrá rasgos positivos el hecho de que, por un instinto de precaución, nuestra nostalgia de la oratoria sea meramente formularia. Al fin y al cabo, venimos de un siglo en el que han sobresalido las

capacidades retóricas de un Churchill o un Kennedy, sí, pero el alto ideal expresado por su verbo, cabe temer, enardeció menos espíritus que el de los oradores más exitosos del xx en términos de acogida popular: muy posiblemente Hitler y Mussolini, por triste que sea decirlo. Sólo eso avalaría ya las mayores suspicacias y reticencias ante el rétor que asciende a la tribuna: compatible con nuestra propensión a la credulidad, también hay una saludable reticencia ante aquel que nos quiere vender algo. Los españoles, de hecho, tenemos una cierta memoria de la raza al respecto: nuestra oratoria mejor, nuestros tribunos más campanudos, no se corresponden justamente —pensemos en el xix, en los años treinta— con los momentos de mayor brillo del país.

A veces la endecha sólo es signo seguro de próximo enterramiento: a todos nos gustaría, en abstracto, escribir y leer cartas; en el mundo real, nadie lo hace. Del mismo modo, también podríamos pensar que las artes del discurso encaran un futuro poco risueño cuando, dado el acoso a nuestra atención, una intervención de medio minuto tiende a parecer —y a padecerse— como una filípica. Al final, cabe incluso plantearse si las nuevas formas de comunicación política no serán potencialmente más dañinas que una oratoria en ocasiones venenosa: frente al *meme*, cómo no echar de menos la manifestación sofisticada, matizada, del pensamiento, que representa el discurso. Algo que, en sus herramientas más básicas, no ha cambiado desde tiempos de Cicerón porque las interioridades del ser humano, los resortes de la indignación y el entusiasmo, tampoco han cambiado desde entonces.

Quizá incluso haya algo noble de por sí en que alguien se atreva a dar la cara por sus ideas: sin duda porque, cuando uno da la cara, puede ocurrir que —en términos figurados— se la partan. Pero también por el propio ejercicio que conlleva escribir y pronunciar el discurso: del retiro introspectivo a la dramatización pública, no es sólo que el orador se convierta, según el ideal clásico, en un *vir bonus dicendi peritus*, en virtud de una capacidad transformativa de la pa-